

Entrevista con Carlos Busqued. El autor de "Bajo este sol tremendo" regresa con un libro de no ficción, sobre el hombre que en 1982 mató a cuatro taxistas en Buenos Aires.

Cuatro choferes que no llegaron a destino

MAURO LIBERTELLA

Nunca vamos a dilucidar por qué hay algunos casos policiales que persisten en la memoria colectiva y otros que no. Hay asesinatos que vuelven, como un misterio nacional, y otros quizás tan espectaculares como esos se hunden en una amnesia inmediata. A esta estirpe pertenece el caso de Ricardo Melogno, un hombre que en 1982 mató a cuatro taxistas en la ciudad de Buenos Aires. No se sabe por qué lo hizo: no hubo ni hay un motivo claro. Melogno pasó desde entonces su vida en cárceles de todo tipo, desde celdas relativamente confortables a terribles juntaderos de criminales. Hace un par de años, sin embargo, algo lo empezó a sacar del olvido: el escritor Carlos Busqued se puso en contacto con él y juntos empezaron a armar un libro, que ahora se publica con el título de *Magnetizado*. Apoyado sobre 90 horas de conversación grabada, el texto se puede leer como una historia de vida y como un viaje al fondo de la mente de un hombre que mató y ni él sabe por qué.

—¿Cómo llegaste a este caso y luego a este libro?

—Esto empieza con Ricardo antes de conocernos. Él llevaba muchos años bien, sin medicación. Cuando cierran la unidad 20 del Borda, que era más bien un depósito de gente, pasa a la Unidad Prisma de Ezeiza y empieza un trabajo de recuperación más fino. Ahí surge la propuesta de que escribiera su historia para organizarla, porque hay un gran déficit de memoria, muchos huecos y olvidos.

—Vos todavía no lo conocías.

—Ni sabía quién era. Él había empezado a escribir su historia pero tuvo algunos problemas e interrumpió ese proceso de escritura. Dijo: "Si traen a un periodista que la escriba, lo hago". Ahí aparezo yo. Tenemos una primera entrevista, en diciembre de 2013. Pedimos autorizaciones al juzgado y empezó la charla formal.

—¿Y qué impresión te causaron los primeros encuentros?

—Me impresionó que, a diferencia de lo que dicen de él, es muy normal. Muy racional. Y al mismo tiempo, hay una rareza, algo difícil de explicar que lo ves inmediatamente. Las charlas fueron un poco dispersas. Él no habla mal. El contenido de la conversación es algo raro, aunque tampoco muy raro. Cada respuesta que lees en la conversación publicada en el libro está armada con pedazos de conversación tomados de acá y de allá, de distintas zonas de esa charla larguísima.

—Imagino que fue un trabajo arduo en términos físicos y emocionales.



Finalista. Su libro "Bajo este sol tremendo" terminó entre los primeros tres en el Premio Heralde de Novela 2008.

—Sí, fijate que el primer bruto de la desgrabación tenía más de 400 páginas. Desgrabé textuales sus palabras, porque en el momento mismo de la conversación se te pasa mucho. Trabajé de una manera muy esclava desgrabando. Luego tomé todo ese material y lo fui clasificando en archivos, como cajitas: infancia, madre, taxistas, etc. Luego llega un momento importante en el que me pregunto por qué se justificaría contar esta historia. No hay morbo. No es un malvado, no es un tipo que te está mintiendo y vos querés ver dónde o cuándo lo pescás. Es una aventura muy extraña. Tenía un montón de anécdotas tumberas, de cárcel, pero ya hay muchos libros así, así que no enfilé para ese lado.

—¿Dónde se juntaban?

—En una sala de entrevistas, en Ezeiza, solos, tomando mate y fumando.

—¿Sentís que se fue abriendo a medida que se conocían o siempre ofreció la misma entrega?

—En ningún momento sentís que te está tratando de manipular ni de caerte bien, y al mismo tiempo te das cuenta de cuándo te está marcando cosas que son importantes para él. Es alguien que se resuelve mucho en sí mismo. No me gusta la palabra *honesto*, porque tiene una connotación moral, pero muchas veces te contestas cosas que incluso no le convienen, que lo dejan como un tipo muy frío. Te causa una cierta simpatía, porque es alguien que viene de la oscuridad y está haciendo un

esfuerzo sincero de aproximación.

—La pregunta clave es por qué. Sabemos cómo mató, cuándo, dónde. Pero nadie pudo entender nunca por qué. ¿Tenés alguna respuesta para vos?

—Si tratás de alinear los elementos que tenemos de su historia, ninguno te conduce al crimen. Fui más fino con las preguntas de los taxis, volví mucho sobre eso y no llegué a ninguna hipótesis. Cada elemento podría ser casualidad, o no. Esa es la gran particularidad que tiene esta historia.

—Esa incertidumbre hace también que no lo suelten, porque como no se puede explicar por qué lo hizo, no se puede inferir si no lo volvería a hacer.

—Ahí está el rol del estado. Porque no es que él se rechifló una semana; fueron años de hacer cosas extrañas, caminar cincuenta veces la misma vuelta a la manzana, por ejemplo. Si hay un cuidado de las personas, lo vas llevando. No fue una conducta repentina, fue un estado que venía desde mucho tiempo antes y se fue volviendo más fuerte.

—El libro se publicó en una editorial española, y es un libro en cierto modo muy argentino: las referencias, las cárceles, los tacheros. ¿Tuviste que matizar algo del lenguaje local?

—No. A mí me gustaba mucho una pequeña sección en la revista *Cerdos y Peces*, sobre vidas de personas. Hablaban con un heladero o un policía o un portero y esa persona contaba claves y anécdotas de su

trabajo. Era muy lindo. Quise ir por ese lado y supuse que si lograba ese tono, compensaba ese localismo con una historia que interesara. Si te interesa lo que estás leyendo, superarás con facilidad los localismos. Eso me costó horrores. No sé cuántas veces releí el libro. Lo cerré cuando ya no le encontré más nada.

—Cuando empezaste con este libro trabajabas en una novela, ¿no?

—Sí, y sigo. Estaba muy trabado, y mi plan neurótico era terminar esa novela y luego ponerme con el libro de Ricardo. Pero como seguía trabado decidí dejar de perder el tiempo empujando una pared. Lo que sí me bajó un poco ahora es la presión, estoy más aliviado.

—¿A qué te referís?

—Fue muy raro para mí todo lo que pasó con *Bajo este sol tremendo*. Yo nunca hice nada bien. Mi apellido lo tengo asociado a que me caguen a pedos. Y que de pronto mucha gente me diga "estuvo re bueno lo que hiciste, escribite otra", fue complicado. Además no tenía nada para decir. Con esta novela en la que estoy trabajando sí encontré algo. Soy un lector de mierda: soy muy vago y me molesta mucho que el escritor no se haya tomado el trabajo correspondiente. Cuando escribís tenés que estar seguro de que el resultado final, aunque no sea brillante, aporte algo. Que el libro sea honesto y justifique su existencia. Hasta que no pueda sacar algo así, ¿para qué voy a publicar?

NÉSTOR GARCÍA